SAN JUAN Y SAN PABLO, HERMANOS MÁRTIRES

Día 26 de junio

P. Juan Croisset, S.J.

Estos dos ilustres mártires, tan célebres en la universal Iglesia, fueron italianos de nación, y, á lo que se cree, de muy noble nacimiento; pero se hicieron respetar mucho más por su mérito personal y por aquel inviolable amor á la religión cristiana, de cuya pública profesión hacían el más generoso alarde.

La princesa Constancia, hija del emperador Constantino el Grande, sanó repentinamente de cierta enfermedad por la intercesión de Santa Inés, y, agradecida á este beneficio del Cielo, determinó renunciar las vanidades del mundo, haciendo voto de castidad, por lo que suplicó al Emperador su padre tuviese á bien que, sin dejar la corte, hiciese una vida retirada, ejemplar y recogida. Sorprendió gustosamente al piadoso Emperador la generosa resolución de la Princesa, y él mismo quiso disponer la casa echando mano de aquellos criados y oficiales cuya virtud y talentos juzgó habían de congeniar más con la cristiana inclinación de su hija, nombrando á Pablo por su primer caballerizo, y á Juan por su mayordomo mayor.

Los escitas, nación bárbara y cruel, entraron en la Tracia con un formidable ejército, llenándolo todo de terror hasta las mismas puertas de Constantinopla, que actualmente estaba edificando Constantino, y todavía no se hallaba en estado de defensa. Levantó prontamente el Emperador todas las tropas que pudo para oponerlas á

aquel torrente, y, sabiendo que el mayor general de sus ejércitos era Galicano, le nombró general del ejército que mandó marchar contra los escitas.

Aunque Galicano estaba todavía sepultado en las tinieblas de la gentilidad, con todo eso era un señor muy estimado en la corte por su valor y por las victorias que había conseguido contra los persas. Ya había sido cónsul, y aspiraba por sus méritos á los primeros empleos; por lo que no quiso admitir el mando de aquella expedición sino con las dos precisas condiciones de que, si volvía victorioso, se le había de hacer cónsul segunda vez, y el Emperador le había de dar por esposa á la princesa Constancia.

En la primera no había dificultad; pero en la segunda se halló muy embarazado el Emperador, como quien no ignoraba la resolución de la Princesa, y no pudo disimular su inquietud. Informada Constancia de todo, pasó al cuarto del Emperador su padre, y conociendo la falta que le hacía aquel oficial, llena de confianza en Dios, dio su consentimiento para que la prometiese á Galicano por esposa; pero con la condición de que el general llevase en su compañía á sus dos gentiles hombres Juan y Pablo, dejando en la de la misma Princesa á sus dos hijas Ática y Artemia, que había tenido en el primer matrimonio. Aceptóse prontamente la condición, y aquellas dos damas pasaron luego al servicio de Constancia, marchando Juan y Pablo al ejército en compañía de Galicano. Dio éste la batalla á los escitas, y fue casi del todo derrotado, quedando hecha pedazos una gran parte del ejército, de manera que ya sólo pensaba en retirarse, cuando los dos hermanos Juan y Pablo le aconsejaron hiciese voto de abrazar la religión cristiana, si Dios le concedía la victoria. Hízole, y de repente ocupó tal terror el corazón de los bárbaros que, bajando las armas y abatiendo las

banderas, se le rindieron á discreción, cuando ya parecía tener en las manos una victoria completa.

Pero más gloriosa la acababa de conseguir la Princesa, de la obstinación con que Ática y Artemia se habían atrincherado hasta entonces en el Paganismo; pues abriendo finalmente los ojos á los rayos de la divina gracia, abrazaron ambas nuestra santa religión. Mientras en la corte del Emperador se celebraba el triunfo de la fe en la insigne conversión de aquellas dos señoras, llegó la noticia de la completa victoria que Galicano había conseguido de los escitas; mas ninguna otra circunstancia la hizo tan plausible como la milagrosa conversión del general, que después de haber obligado á los bárbaros á abandonar todo el bagaje, á retirarse á su país y á pagar anualmente un tributo al Emperador, volvió á la corte con la resolución de abrazar la religión cristiana y retirarse del mundo para dedicarse á Dios enteramente. El emperador Juliano Apóstata, que sucedió al hijo de Constantino el año de 361, noticioso del retiro de Galicano y del celo con que socorría á los cristianos, le envió orden para que sacrificase á los ídolos ó saliese al punto de Italia. Retiróse á Alejandría, donde continuó sus oficios de caridad alentando á los fieles y atendiendo á sus necesidades por todos los medios posibles, hasta que mereció la corona del martirio en el día 25 de Junio, en que la Iglesia celebra su memoria.

Mientras tanto, restituidos ya Juan y Pablo á la corte para servir sus empleos en el cuarto de la princesa Constancia, proseguían con mayor fervor que nunca en el ejercicio de sus devociones y obras de misericordia, distinguiéndose cada día más por sus crecidas limosnas y por su insigne caridad. Del favor que lograban con la Princesa y con el Emperador sólo se valían para el consuelo de los infelices, recurriendo todos á ellos como á protectores de huérfanos, padres de pobres y amparo

de desvalidos.

Muerto Constantino el Grande, se mantuvieron en la corte Juan y Pablo, con el mismo valimiento y estimación de sus hijos que habían logrado durante la vida de su padre, conservándoseles en sus empleos aun después que murió también la Princesa. Pero luego que subió al trono Juliano Apóstata y se declaró enemigo de Jesucristo, con resolución de exterminar la religión cristiana, nuestros Santos hicieron dimisión de sus cargos; renunciaron al elevado lugar que ocupaban en el estado, y retirándose de la corte, como personas particulares, se dedicaron enteramente al ejercicio de buenas obras.

Disimuló por algún tiempo Juliano, conteniéndole la calidad y el mérito de los dos santos hermanos; pero noticioso del mucho bien que hacían á los cristianos, y de la singular veneración que se merecían, tanto de los grandes como del menudo pueblo, resolvió pervertirlos ó perderlos. Con este intento dio orden á Terenciano, capitán de una compañía de sus guardias, para que pasase á verse con ellos, y les dijese de su parte que, siendo su ánimo honrar á los oficiales antiguos de Constantino y de los hijos de este Príncipe, sus predecesores, deseaba viniesen á la corte y ejerciesen las funciones de sus empleos. Respondieron los dos Santos que estaban sumamente reconocidos al honor con que la bondad del Emperador se dignaba distinguirlos; pero que, siendo cristianos los dos, no se podían resolver á servir en el palacio de un emperador que tan altamente se había declarado contra la religión que profesaban.

Dio cuenta Terenciano al Emperador de esta respuesta; mostró irritarse mucho con ella, y en tono colérico y arrebatado protestó que solamente les concedía diez días de término para que tomasen su partido, y que si, pasados éstos, no se rendían á su

voluntad, él los haría experimentar hasta dónde podían llegar los efectos de su indignación. Informados los Santos de las amenazas del Emperador, respondieron que ni diez días ni diez años los harían apostatar. Pasados los diez días, los buscó en una casa Terenciano, y, después de mil protestas de amistad, no perdonó á diligencia alguna para persuadirlos que, á lo menos en la apariencia, condescendiesen con la voluntad del Emperador. *No os pide Su Majestad,* les decía, *que renunciéis públicamente vuestra religión; no pretende que concurráis á los templos, y que en ellos rindáis adoraciones á los dioses del imperio: contentase con que privadamente tributéis culto al gran Júpiter, cuya imagen os presento;* y, diciendo esto, sacó de debajo de la capa un idolillo de aquella mentida deidad. Horrorizados los dos Santos al ver dentro de su casa aquella sacrílega estatua: «Hacednos, Señor, merced, exclamaron sobresaltados, de apartar de nuestros ojos objeto tan abominable. ¿Es posible que un hombre, no ya de vuestro despejado entendimiento, sino de mediana razón, pueda incurrir en semejantes desaciertos, y que la idea sola que tenemos de Dios no baste á convenceros que no es posible haya más que uno, y que todo aquel risible montón de soñadas deidades no es más que una impía extravagancia ? »

Interrumpiólos Terenciano, y les dijo que, pues persistían en ser cristianos, era preciso se resolviesen a perder la vida. Al oír esta sentencia los dos santos hermanos se hincaron de rodillas, y, levantando los ojos al Cielo, rindieron mil gracias á Dios por la merced que les hacía.

Temióse una sedición en Roma, por la general estimación que se merecían los dos Santos, si llegaba á los oídos del pueblo la noticia de su muerte; por lo que se dio orden al oficial que la ejecutase en secreto. Así lo

hizo, mandándolos cortar las cabezas á media noche dentro de su misma casa, en cuya huerta hizo abrir una profunda fosa, donde los mandó enterrar, muy satisfecho de que igualmente quedaba sepultada la noticia de su martirio. Pero quedó extrañamente sorprendido cuando supo la mañana siguiente que la publicaban todos los poseídos del demonio, quejándose á gritos de lo mucho que los atormentaba el Dios de los mártires Juan y Pablo; siendo el que levantaba la voz un hijo del mismo Terenciano, de quien se apoderó de repente el enemigo. Pero, implorando su padre la intercesión de los mismos Santos, quedó el hijo repentinamente libre; con cuyo milagro se convirtió Terenciano y toda su familia. Desde entonces, esto es, desde el año 363, fue célebre en toda la Iglesia el culto de los dos Santos, erigiéndose poco tiempo después una muy magnífica iglesia en el sitio de su misma casa, que hasta el día de hoy tiene su nombre y es título de cardenal, venerándose en ella sus reliquias. Los sacraméntanos antiguos de la Iglesia Romana, especialmente el del papa Gelasio y el de San Gregorio el Grande, no sólo traen Misa particular para el día de su fiesta, sino también para el de su vigilia, que antiguamente era de ayuno; lo que acredita la solemnidad con que se celebraba.

SAN PELAYO, MÁRTIR

El glorioso mártir San Pelayo, que consagró la niñez con el sacrificio de su vida á Nuestro Señor Jesucristo, fue natural de Galicia; su padre era rico, hermano de Hermoygio, obispo de Túy, á principios del siglo x. Fue criado con opulencia, y su venida á Córdoba, donde padeció martirio, la refiere un sacerdote llamado Béguel, de quien la copiaron Feria y otros historiadores.

Dueño Abderramán III de toda la Andalucía, quiso apoderarse también de toda España, y al efecto entró

con un poderoso ejército por Galicia talando y destruyendo, y, después de una sangrienta batalla que ganó á los cristianos, volvió á Córdoba con los cautivos, entre ellos Hermoygio, obispo de Túy. Cansado el ilustre prelado de las miserias y de los trabajos de su dura prisión, trató su rescate con los moros, y para garantía de su palabra dejó en rehenes á un sobrino suyo, llamado Pelayo, niño de la más rara hermosura, y del talento más extraordinario. Resignado con la voluntad de Dios el niño Pelayo, sufría con paciencia su suerte con otros cautivos, quienes tenían en él alivio, instrucción, consuelo y ejemplo.

Vio por casualidad un paje del rey á Pelayo en la prisión, y admirado de su hermosura, fue tanto lo que la ponderó á Abderramán, que mandó llevarlo inmediatamente á su presencia; y encendido en los más torpes deseos á vista de la singular belleza del cautivo, le hizo grandes ofertas si, renegando de Jesucristo, abrazaba su ley. No deslumbraron al ilustre niño las ventajosas promesas del bárbaro; antes bien, despreciándolas con la generosidad propia de un héroe cristiano, le respondió: *No te canses: por ninguna cosa, ni aun por la vida, me apartaré de mi Señor Jesucristo, único y verdadero Dios.* Disimuló el rey aquel desaire, y creyó que con el tiempo se reduciría al fin. Mas viendo que todo sucedía al contrario, trocó su amorosa pasión en una rabiosa cólera, y mandó que atormentasen al santo niño, hasta que prometiese apartarse de Jesucristo; pero era invencible la constancia del mártir, y avergonzado el tirano de verse burlado, ordenó, ciego de ira, que le despedazasen y echasen en el río. Así se ejecutó, y, mostrando el niño la más grande alegría, voló su purísima alma al seno de los ángeles y mártires, el día 26 de Junio del año 925.

Sus reliquias fueron sacadas del Guadalquivir por

los fieles, y las sepultaron en San Ginés y en San Cipriano. En el año 967 fueron trasladadas á León con gran pompa y acompañamiento, y fueron colocadas en un templo dedicado á su nombre, por el rey Don Ramiro III. Por último, en 1053 se llevaron á Oviedo; donde se veneran hasta nuestros días, en el altar mayor de la santa y apostólica iglesia catedral.

La memoria de San Pelayo es célebre en Galicia y en Castilla, donde hay muchos templos bajo su advocación. Y las actas de este glorioso martirio se conservan en el monasterio del Escorial, y hay copias en Toledo y Túy.

La Misa es en honor de los Santos Juan y Pablo, y la oración la que signe:

Suplicárnoste, ¡oh Dios todopoderoso!, llenéis nuestras almas del duplicado gozo que nos corresponde por la duplicada gloria de los dos Santos Juan y Pablo, verdaderamente hermanos en la constancia de la fe y en la corona del martirio. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 41 del libro de la Sabiduría.

Éstos son varones de misericordia, cuyas piedades no se han olvidado. Con su estirpe permanecen los bienes; sus sobrinos son un pueblo santo, y sus descendientes estuvieron firmes en la alianza, y por su mérito durará eternamente su descendencia: su estirpe y su gloria no se olvidará. Sus cuerpos fueron sepultados en paz, y su nombre vive por todos los siglos. Los pueblos celebrarán su sabiduría, y la Iglesia anunciará sus alabanzas.

REFLEXIONES

¿De dónde nace aquella continua serie de bendiciones como hereditarias que fijan las prosperidades de las familias, y en cierto modo las hacen felices como por derecho de sucesión? Ciertamente no nace de los bienes que se amontonaron; pues vemos á cada paso casas muy opulentas, cuya prosperidad no hace más que asomarse, y á la segunda generación vuelven á caer en la miseria y en la oscuridad de donde salieron. ¡Cuántas familias ilustres se han visto extinguidas, cuántos padres ricos que dejaron arruinados á sus herederos! ¡Cuántos hijos estúpidos é insensatos de padres entendidos y discretos ! ¡ Cuántos disipadores de los bienes que amontonaron sus padres á costa de su afán y de su prudente economía! Desengañémonos, sólo el amor y la fidelidad á la religión, sólo el retiro y la soledad hacen hereditarias las prosperidades; sobre todo, la caridad y la limosna siembran la fortuna y aseguran la felicidad. No hay mejor defensivo contra el golpe de los vientos y contra el estrago de los temporales que las chozas de los pobres. Sus bendiciones conjuran las tempestades; sus manos, por decirlo así, sostienen la buena fortuna. Los hombres de caridad y de misericordia siempre dejan una rica herencia. Fuera de que siempre subsisten los monumentos de su piedad, y se hacen permanentes los bienes que traspasan á sus herederos. Pero aquellas almas duras con los infelices, aquellos corazones insensibles á las miserias ajenas, aquellos hombres sin piedad y sin misericordia amontonan de ordinario grandes tesoros de iniquidad, que cunde frecuentemente hasta las más retiradas generaciones; pero sus riquezas las roe el gusano y la polilla, sin que por lo común lleguen á manos de sus nietos.

El Evangelio es del cap. 12 de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la

hiprocresía. Nada, pues, hay oculto que no se haya de descubrir; ni escondido, que no se haya de saber. Porque las cosas que dijisteis en lo oscuro, se dirán de día; y lo que hablasteis á la oreja en los retretes, se publicará sobre los tejados. A vosotros, pues, amigos míos, os digo. No os amedrentéis de aquellos que matan el cuerpo, y después de esto no pueden hacer más. Mas yo os mostraré á quién debéis temer; temed á Aquel que, después de quitar la vida, tiene potestad de enviar al Infierno; esto es lo que os digo: temed á Éste. ¿No es verdad que se venden cinco aves por precio de dos sueldos, y, con todo eso, ni una de ellas está olvidada en presencia de Dios? Mucho mejor todos los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temáis, pues vosotros sois de mucho más precio que muchas aves. Os aseguro, pues, que todo aquel que me reconociere delante de los hombres le reconocerá también el Hijo del Hombre delante de los ángeles de Dios.

MEDITACIÓN

De la hipocresía.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la hipocresía es una máscara en materia de devoción, tanto más execrable cuanto es más impía, pues del mismo culto de Dios se sirve contra Dios mismo. Echa mano del aire, del nombre y del semblante de la virtud para encubrir el vicio. No hay en la religión cosa tan augusta ni tan sagrada que no la profane, ninguna tan divina que no abuse de ella; en fin, la hipocresía es una doble impiedad.

Contrahace todas las virtudes para deslumbrar y para engañar con mayor seguridad. Devoción tierna, humildad profunda, desinterés universal, celo ardiente, caridad generosa, mortificación exterior, dulzura aparente, y sobre todo una modestia afectada, la más

propia para alucinar y para engañar; todo lo pone en práctica para granjear reputación, para adquirir el nombre de santo, á cuyo favor comete el hipócrita las más enormes maldades. El orgullo es el alma de la hipocresía, y su fruto natural es la irreligión.

Se puede comparar la hipocresía á aquella mujer de quien habla San Juan en el Apocalipsis, vestida de púrpura y escarlata, cubierta de oro, cuajada de perlas y de pedrería, con una copa de oro en la mano, pero llena de abominación. Todos los vicios hacen fortuna cubiertos con el velo de la hipocresía; búrlase siempre de las almas sencillas, las cuales indefectiblemente caen en su lazo; porque no es fácil defenderse de un enemigo de quien no se desconfía. El veneno de que se sirve el hipócrita se comunica por los ojos y por los oídos. Todo lo que se ve edifica, todo lo que se oye de su boca es loable; ni aun siquiera se ofrece á la imaginación el artificio con que es preciso que caigan muchos en la red. No inventó el demonio enredo más común ni más poderoso para perder á muchas almas.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que contra ningún otro vicio se explicó más fuertemente Jesucristo; cuando trataba de él, parece que se olvidaba de su moderación, y que arrimaba á un lado todo comedimiento y medida. ¡Ay de vosotros, decía, escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes á los sepulcros blanqueados! Por afuera hermosos á los ojos de los hombres, y por adentro ceniza, calaveras, huesos, hediondez y podredumbre. Así sois vosotros: en lo exterior, hombres ajustados; en lo interior gente perversa, atestados de hipocresía y de iniquidad. ¡ Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis á los hombres las puertas del Reino de los Cielos! Y como vosotros jamás habéis de entrar por ellas, queréis estén tapiadas para los demás que se presenten con deseo de que se les franqueen. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos

hipócritas, que hacéis en el templo largas oraciones, y después devoráis las casas de las pobres viudas! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que siendo muy escrupulosos en pagar exactamente el diezmo del cilantro, del anís y del comino, atropelláis lo más importante de la ley abandonando la justicia, la misericordia y la fidelidad! Bueno es hacer lo primero, más sin omitir lo segundo. Directores ciegos, infelices y descaminados, que cuando bebéis hacéis escrúpulo de tragar un mosquito, y no le hacéis de tragaros un camello. ¡ Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, muy cuidadosos de la limpieza, exterior del plato y de la copa, al mismo tiempo que en lo interior todo es rapiña y basura! Serpientes, generación de víboras, ¿cómo os libraréis de ser precipitados en el Infierno? Considera que el que habla así es el mismo Jesucristo; aquel dulcísimo Salvador, cuyo carácter era el de la blandura y la misericordia.

¡Dios mío, y cuánto tengo de qué enmendarme en este punto! ¡Cuántas veces me he disfrazado, no ya para engañaros á vos, Dios de mi vida, sino para engañarme á mí mismo y á los demás! Perdonadme, Señor, por vuestra infinita misericordia, esta falta de sinceridad. Vos estáis mirando, vos estáis penetrando el corazón del hombre; confío en vuestra divina gracia que ya no veréis ni sombra de hipocresía en el mío.

JACULATORIAS

¿En qué coloca su confianza el hipócrita? ¿Acaso oirá Dios sus clamores cuando venga sobre él el día de la tribulación?—*Job.,* 27.

Renueva, Señor, en mi corazón el espíritu de verdad y de sencillez.— *Ps.* 50.

PROPÓSITOS

1. ¡Cuántas hipocresías juzga el hombre que le son permitidas para disimular lo que es, y para afectar lo que no es, sobre todo, cuando se considera necesaria la buena reputación para el bien común! ¡Cuánta multitud de hombres hay en el mundo, cuya vida es una continua hipocresía, ocupada toda en ostentar virtudes aparentes, y en ocultar vicios verdaderos! Como él arte es más industrioso que la naturaleza, siempre deja muy atrás la hipocresía á la verdadera virtud. ¡Qué horror debes profesar á este vicio! Hay muchas suertes de hipocresía; simulaciones de amistad, simulación de compostura, simulación de gravedad, simulación de juicio, simulación de modestia, simulación de crianza y de urbanidad. Pero la más peligrosa de todas las hipocresías, como ya se ha dicho, es la que se emplea en simular la virtud y la devoción. Huye de todas cuidadosamente, imponiéndote una ley irrevocable de ser siempre el mismo que pareces hacia afuera.

2. Ya que queda advertido que la más odiosa de todas las hipocresías es la de fingir virtud y devoción, trata de ser sólidamente virtuoso y devoto sin interrupciones y nunca dependa tu devoción del humor, ni del tiempo, ni de la salud, ni de la continuación de tus negocios; en todas ocasiones y en todas circunstancias debes ser humilde, devoto, religioso y mortificado. Las mortificaciones interiores y ocultas son menos sospechosas; el ruido disminuye por lo común el mérito de la virtud; no conviene que las alabanzas pongan en peligro la virtud, la turben ó la alteren. Igual devoción deben profesar, ya sea entre los aplausos, ya entre los desprecios.